

¿Somos capaces de articular un mundo sin sufrimiento? Una reflexión feminista y animalista a partir de las tesis de Chantal Maillard

Dunia Menéndez Cimadevilla

UO287886@uniovi.es

Desde una perspectiva antropocéntrica, muchos han considerado que la aparición del ser humano ha sido uno de los acontecimientos más positivos para el universo y todo lo que lo compone. No obstante, no todos lo tenemos tan claro. Es este contexto se encuadra esta reflexión en la que profundizaremos en las cuestiones más interesantes del libro de Chantal Maillard, *¿Es posible un mundo sin violencia?*, en el que, tal y como remarca su título, plantea cómo podemos construir un mundo en el que la violencia no gobierne prácticamente todos los ámbitos, como ocurre en la actualidad.

La violencia está presente de forma constante en nuestras vidas y, con ello, en las estructuras institucionales y los estados en los que nos organizamos. No solamente se trata, tal y como diría Antonio Zamora en su artículo *Violencia estructural: defensa de un concepto cuestionado*, de un tipo de violencia que ejercen determinados individuos hacia otros, sino de un problema más estructural, esto es, tanto a nivel individual como colectivo.

Maillard es consciente de que resulta imposible renunciar a toda la violencia, por lo que reflexionará sobre la posibilidad de eliminar la parte innecesaria, teniendo en cuenta su complejidad. Pues, aunque tratemos de mejorar nuestras relaciones, todos somos conscientes de las grandes dificultades que acarrean estos objetivos.

A partir de este punto, me gustaría hacer una serie de consideraciones filosóficas que considero relevantes a raíz de lo mencionado en el libro que analizamos. Y es que, hemos de ser conscientes de la problemática de la palabra “hombre”, de lo que ya nos habla Maillard en una de sus conferencias. Pues, con solo remontarnos a la Biblia, nos damos cuenta de que el “hombre” es ese fruto supremo de los esfuerzos divinos, ese elegido que

ha creado Dios como ser superior y privilegiado. Lo que explica la famosa dicotomía entre opresores y oprimidos.

Asimismo, este término no nos representa a muchas personas, pues considero que es sumamente excluyente, no solo porque se refiere únicamente a un perfil muy concreto: varón, blanco, cisgénero, heterosexual, rico, con salud, válido... categorías tremadamente problemáticas en tanto que discriminan a aquellos que se considera que no encajan en ellas, sino también, porque a este grupo de categorías, añadiría sin duda la de “humano”.

La tremenda violencia que sufren determinados cuerpos no solamente se da en la misma especie humana, sino que va más allá de esta, en tanto que el resto de formas de vida, no solamente son despojadas de todo derecho, sino que se las tortura, masacra y aniquila. Con esto me refiero, especialmente, a los animales no humanos y a la naturaleza en sí, de la que forman parte todos los seres vivos. Si consideramos los planteamientos de María Mies en *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, podríamos decir que la naturaleza ha sido asesinada para pasar a ser fuente de recursos materiales, lo que explica la indiferencia y la falta de empatía de la que hablaremos luego. Basta recordar lo que nos cuenta Maillard sobre el suceso en el que Nietzsche, al ver a un caballo explotado, se echó a llorar y lo abrazó. ¿Cómo creéis que el mundo reaccionó ante este suceso? Pues, sólo se les ocurrió pintarlo de loco y de irracional, así somos los seres humanos.

No deberíamos olvidar que también formamos parte de la naturaleza y somos, además, animales. Puede parecer irrelevante, pero creo que es necesario recordarlo en estos momentos.

El carácter especista y antropocéntrico nos ha llevado a defender la idea de que somos la especie “elegida”, a toda costa, lo que ha llevado a que se promuevan prácticas totalmente reprobables. Se trata de justificar lo injustificable, esto es, explotar hasta la saciedad no solamente a colectivos concretos, sino a todo lo que no es considerado como “humano”.

Esto explica ese estado de violencia del que parte la autora, en el que o acatamos las normas, las llamadas “reglas del hambre”, o no sobrevivimos. Y, por supuesto, a esas restricciones que debemos cumplir si queremos seguir viviendo, les es inherente causar sufrimiento a todo lo que no forme parte del canon, es decir, a las mujeres, a las personas del colectivo LGTIQ+, a las de otras culturas... pero también al resto de formas de vida. En palabras de Maillard:

Todo ser sobrevive a costa de otros. Ésta es la regla principal. Todo ser vivo se alimenta de otros seres, por lo que cualquier acto de supervivencia es un acto de violencia (MAILLARD, 2018: 1).

Siguiendo la tesis de Melanie Joy, podemos comprender cómo el sistema ideológico carnista ha tratado de normalizar, legitimar y justificar el consumo de estos, lo que explica esa desensibilización brutal presente en gran parte de la población, provocando que miren hacia otro lado, ignorando la realidad.

Por otra parte, usando la terminología de Carol J. Adams, podríamos decir que, de manera significativa, no solo se objetiviza y deshumaniza a los animales no humanos, sino también a las mujeres.

Existen muchos medios por los que la violencia se ejerce en varios niveles; el más destacable es el simbólico o cultural, del que podríamos mencionar varios ejemplos. Así, dentro de nuestras capacidades, en el lenguaje, utilizamos expresiones excluyentes, o incluso deshumanizantes que están marcadas por un carácter tremadamente opresor hacia las mujeres, los homosexuales... o incluso hacia los animales no humanos. Simultáneamente, en un plano económico, podríamos distinguir los siguientes casos: por un lado, la publicidad, que se relaciona más con la dinámica del mercado, en la que se fomenta a toda costa un consumo compulsivo que perpetúa la explotación del medio ambiente y todo lo que lo conforma. Y, por otro lado, las industrias, en un plano laboral, en tanto que tratan de legitimar esto mismo. Por último, en el caso de los medios de comunicación, en esa lógica del mercado, también fomentan la violencia, pues no solo se limitan a transmitir información, sino que influyen en la percepción colectiva de lo que ocurre, según cuales sean sus intereses. Consumimos información de todo tipo y nos mostramos indiferentes al sufrimiento de los otros, lo que se convierte en una característica inherente a nuestra sociedad.

El egoísmo y la doble moral están presentes en todo momento. No nos entristecemos ni tampoco reflexionamos lo más mínimo cuando ocurren asesinatos, catástrofes, crisis... porque, por lo general, les ocurre a los que han sido entendidos tradicionalmente como “lo otro”. Esto sucede tanto dentro de la especie humana como fuera de ella. Es decir, si ya cuesta empatizar, por ejemplo, con la gente de otros países, ni que decir con los animales no humanos, puesto que seguimos considerándonos como la especie más importante de todas y la otredad es aún más aguda.

Un posible ejemplo que puede aclarar a qué se está refiriendo la autora es el caso tratado por Charles Patterson en *¿Por qué maltratamos tanto a los animales?* Considero que este libro es muy valioso, en tanto que muestra claramente las grandes similitudes entre el Holocausto y la masacre de los animales no humanos. He decidido tomar este ejemplo, porque tal y como decíamos, esa agresión de la que nos habla Maillard va más allá de lo que se suele entender como las “fronteras” de nuestra especie. Muchos sobrevivientes de la Shoá, incluyendo pensadores, se han dado cuenta de que resulta incompatible defender los valores de la empatía y la justicia, mientras explotamos y masacramos al resto de seres. Pues, aunque la gran mayoría no lo crean, no hay tanta distancia entre causar sufrimiento a un ser humano o causárselo a un animal no humano. La gran diferencia, que muchos aprecian, se explica de nuevo a través del antropocentrismo. Y creo que el caso de la situación de los animales no humanos está muy bien caracterizado por Maillard cuando nos dice:

No nos indignamos por situaciones en las que otros -que casi siempre son la gran mayoría- ni siquiera tienen derecho a tener derecho (MAILLARD, 2018: 2).

Puede que haya personas que consideren que esas similitudes son falsas. Sin embargo, quiero pensar que les atormentaría saber lo mucho que se parecen. No solo en lo referido a los métodos de tortura y de aniquilación total, sino también en el propio lenguaje, del que ya hablamos en parte antes y que, en este caso particular, se utilizaba y en parte se sigue empleando al usar nombres de animales como insultos y al calificarlos con el fin de degradarlos. Pueden parecer cosas distintas, pero hemos de aprender a darnos cuenta de que es igual de grave causar sufrimiento a un ser humano que a un animal no humano. Idea que no solo es defendida por Patterson, sino que también la comparten Maillard y muchos otros. Con esto no quiero decir que una idea sea verdadera por el hecho de que muchos la compartan, porque no es necesariamente así y, además, hay que tener cuidado con esta posición que puede llegar a ser peligrosa. No obstante, aun así, en este caso siguen siendo pocas las personas que defienden este tipo de luchas.

Parece que miramos hacia otro lado para no sentirnos culpables, cuando claramente con este tipo de actitud e incluso con nuestra forma de vida estamos acabando con todo lo que nos rodea. Y esto también se puede relacionar, tal y como dice Maillard, con el tema del medio ambiente. La naturaleza tampoco se salva de ser explotada. Deberíamos informarnos y ser conscientes de la gran inteligencia y capacidades del resto de seres como pueden ser las plantas, los árboles o en general, el resto de la naturaleza. Debemos despertar, como se menciona en el libro. Y sé que puede resultar fácil decirlo y difícil hacerlo, pero es que no

podemos continuar viviendo de este modo, masacrando y explotando a nuestro antojo a lo que se ha entendido como “lo otro”.

Tenemos que hacer el esfuerzo de implicarnos más en este tipo de problemáticas. Pues, ni nos molestamos en informarnos lo suficiente para ser conscientes de la gran cantidad de lugares en los que la violencia brutal es pan de cada día, ni tampoco nuestra vida cambia lo más mínimo cuando en los medios de comunicación aparecen imágenes o vídeos de sucesos que deberían influirnos. Y desde luego, tampoco actuamos aun sabiendo que nuestro gobierno, país e instituciones fomentan, subvencionan y legitiman en muchos casos genocidios, matanzas, guerras, esclavitud... Parece obvio decirlo, pero el hecho de que no ocurra en tu país o de que no le suceda a tu especie, no quiere decir que no esté sucediendo. La injusticia sobrepasa los límites del grupo y de la especie.

Nietzsche no fue el único que soportó comentarios cuando abrazó a ese caballo. Cada vez que alguien defiende no solo a los animales no humanos, sino también a los colectivos que han sido despojados de todos sus derechos, se le ataca pues llama la atención al no considerar su actitud como la normativa. Es así como son discriminados los que levantan la voz en su favor, pues se les considera “irracionales”, “anormales” e incluso se les acusa de intentar adoctrinar al resto.

El dualismo conceptual razón/emoción ha hecho mucho daño, provocando que los separemos y califiquemos de bueno y malo respectivamente, cuando ambos son indispensables y se necesitan uno al otro. Debemos acabar con esa lógica de la dominación, porque tal y como dice Ángelica Velasco Sesma:

Ambas posturas, la ética de la justicia y la ética del cuidado, son posiciones complementarias y nunca excluyentes (VELASCO, 2017: 82).

En definitiva, debemos abogar por un mundo en el que todos nos comprometamos a transformar nuestra manera de relacionarnos con los demás y con el resto de los seres sintientes, interesándonos por cambiar lo que ocurre. Si nos esforzamos en cambiarlo, quizás en el futuro, aunque aún haya algunos que se nieguen a contribuir, habrá valido la pena. Es difícil de creer, pero, parafraseando a McCartney, solo espero, que, si algún día las paredes de los mataderos se vuelven de cristal, todos nos volvamos vegetarianos¹³⁴. Hasta entonces, solo queda seguir luchando por lo que realmente importa.

¹³⁴ Referencia extraída de: JOY, M. (2013). *Por qué amamos a los perros, nos comemos a los cerdos y nos vestimos con las vacas. Una introducción al carnismo*. Madrid: Plaza y Valdés Editores.

Bibliografía

- ADAMS, C. (2016). *La política sexual de la carne*. Ochodoscuatro.
- JOY, M. (2013). *Por qué amamos a los perros, nos comemos a los cerdos y nos vestimos con las vacas. Una introducción al carnismo*. Plaza y Valdés Editores.
- MAILLARD, C. (2018). *¿Es posible un mundo sin violencia?* Vaso Roto.
- MIES, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Creative Commons.
- PATTERSON, C. (2008). *¿Por qué maltratamos tanto a los animales?: Un modelo para la masacre de personas en los campos de exterminio nazis*. Milenio.
- VELASCO, A. (2017). *La ética animal: ¿Una cuestión feminista?* Cátedra.
- ZAMORA, J. A. (2018). Violencia estructural: defensa de un concepto cuestionado. *Acontecimiento. Revista de pensamiento personalista y comunitario*, (127), 24 – 28.
- Disponible en:
https://digital.csic.es/bitstream/10261/184720/4/Violencia_structural.pdf [Consultada el: 7 de noviembre de 2024].

Webgrafía

- Centro Cultural La Malagueta. (27 de octubre de 2021). *Chantal Maillard. El sentido del dolor*. [Archivo de Vídeo]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=xQnU812emo>